

## CAPITULO II.

## LOS CANDIDATOS.

Cuando llegué á comprender un poco mas tarde las ambiciones de Sepúlveda, empecé á explicarme tambien todos los incidentes anteriores de que no habia podido darme cuenta. De allí provino la frialdad con que recibí mi arribo á Mazatlan comprendiendo que iba á servirle de estorbo; de allí nació la gran ojeriza que me tuvo siempre y que siempre estuviera azuzando á Rubí contra el pobre secretario de gobierno, que de veras, no procuraba otra cosa que dar lleno á sus obligaciones de buena voluntad.

Sepúlveda queria ser gobernador del Estado y que nosotros fuéramos sus instrumentos sin sentirlo. Cuando ví muy claro esto y que los esfuerzos de aquel hombre se habian dirigido todos contra mí, escribí á Corona diciéndole que no me convenia continuar de secretario del gobierno de Sinaloa en lucha con un ene-

migo mas fuerte que yo, apoyado tal vez por él, por Rubí y por todos los que mas valian.

Trascurrió el tiempo sin recibir contestacion y continué en mi puesto, no luchando porque era imposible, pero sí sobrellevando con dificultad los golpes que á cada momento me asestaban Sepúlveda y Azcárate.

Voy á agregar dos palabras respecto del secretario particular de Rubí. D. Francisco Azcárate, que pasado el tiempo llegó á ser casi un buen amigo mio, tenia en Mazatlan dos pasiones favoritas: el vino y el juego. No le conocí aspiraciones personales, pero era un mal consejero. Las medidas mas arbitrarias, el rigor en el castigo con los traidores y el ningun respeto á la ley, eran los consejos de Azcárate.

Siempre estaba de buen humor refiriendo á Rubí cuentecitos picantes que le hacian desternillarse de risa. Eran los momentos mas felices del gobernador: cuando estaba oyendo platicar á Azcárate, no hacia caso de ningun negocio por importante que fuera. A esto se reducian del mismo modo las pretensiones de Azcárate. A mi me empezó á hacer la guerra unido á Sepúlveda, no porque quisiera mucho á este, sino por celos de la influencia que yo adquiria diariamente sobre Rubí, el cual como era natural no solo respetaba mis opiniones sino que en materias legales me veia como á un oráculo.

Repetia á Rubí con frecuencia estas palabras:

—Ha sido una inconsecuencia de Corona mandarnos á este licenciado del interior como si no tuviéramos aquí hombres bastante ilustrados.....

Se movia la fibra que habia entónces en Sinaloa mas delicada, que era la del provincialismo.

Rubí me contó una vez que se habian reunido en su cuarto los dos hombres que me hacian la guerra: Azcárate y Sepúlveda. Alguno de los dos comenzó por censurarme algo y los dos se entendieron luego para seguir despedazando dia y noche mi pobre y humildísima personalidad. Por fin llegó la hora en que lograron hacer á Rubí que firmara una carta dirigida á Corona, en la cual á falta de acusaciones fundadas le decian que no desempeñaba mis labores con actividad y que me juntaba con malos amigos, es decir, con aquellos que no les eran simpáticos.

La contestacion á esa carta pasó, como todas, por mis manos.

—¡Como! dije á Rubí, Vd. ha escrito al general Corona diciéndole que soy flojo y que me reuno á malas compañías?

—Yo?..... ¡ah! si.... le escribí algo de eso.

—Pero le ha dicho Vd. que yo no trabajo?

—Es decir....

—Es decir, qué?

—Que no hace Vd. mas....

—¿Acaso no está el despacho ordinario de los negocios en corriente? ¿acaso no le he presentado á firmar un sin número de decretos? ¿Acaso no se ha regularizado en unos cuantos meses la marcha de la administracion?... ¿acaso no he ordenado yo lo que me encontré aquí en el mas espantoso desórden?

—Todo eso es muy verdad.

—Entonces.....

Entónces Rubí me dijo que esa misma era su opinion y que yo era muy libre para juntarme con quien quisiera, que así les habia argüido á Sepúlveda y á Azcárate cuando le habian presentado aquella carta para firmarla, pero que ellos le habian hecho entender que era lo conveniente y que obraban de acuerdo con Corona, quien exigia que siempre se me tuviera sobre el trabajo.

Las demas cartas indicaban que aquella era una nueva mentira de Rubí. En una carta particular me reprendia Corona invitándome á sincerarme de los cargos, y á los demas les decia que entrara Sepúlveda de secretario de gobierno una vez que no estaban contentos conmigo.

Aquello fué una luz para mí: estendí el nombramiento á Sepúlveda, pero este no lo quiso aceptar porque se veia precisado á abandonar la Aduana Marítima. Lo que queria era encontrar una manera de poder reunir los dos cargos.

Insistí con Rubí en separarme; pero me rogó vivamente que continuara allí si me satisfacian sus reiteradas explicaciones. Se habia resistido á firmar aquella malhadada carta y, si cedió, fué por no poderse negar mas. Por tal de que continuara en mi puesto iba á hacer que Azcárate rectificara los hechos ante el general Corona por medio de otra carta que no firmaria ni enviaria sin enseñármela. Así lo hizo y consentí en todo lo que queria.

Se anunció en esos momentos que iba á espedirse la convocatoria para elecciones generales.

D. Francisco Sepúlveda nos comunicó que le habia sido concedida una licencia con goce de sueldo por dos meses para ir á recibir algunas instrucciones del gobierno general. Antes de partir hizo á Rubí que autorizara el gasto de la cantidad que iba á costar aquel viaje en comision del servicio. El gobernador tenia aun facultades extraordinarias para disponer de los productos de la Aduana, conforme lo habia establecido desde que fué jefe de aquel Estado D. Plácido Vega.

Se comprendió que Sepúlveda iba á trabajar por su propia cuenta, aunque él afirmaba que solo iba á ponerse de acuerdo con Corona en los asuntos electorales, creyendo que habia llegado la oportunidad de postularle para Presidente. Si otro hubiera sido el jefe del partido coronista, mucho se habria adelantado en aquella ocasion.

En el Estado empezó tambien á agitarse, la cuestion electoral y dividida la sociedad en pequeños círculos, se designaban varios candidatos.

Entonces tuvimos una conferencia D. Domingo Rubí y yo en que mediaron poco más ó ménos estas explicaciones:

—¿Vd. quiere continuar siendo gobernador? le pregunté.

—No, me contestó: soy incapaz, lo reconozco así, para desempeñar este puesto debidamente y deseo dejarlo en bien del Estado de que soy hijo, á otra persona mas ilustrada.

—¿Me habla Vd. con toda sinceridad?

—Si; ya no quiero ser gobernador... lo fuí por obedecer á Corona.

—Yo quiero que me hable Vd. con toda franqueza, insistí, porque de no contraer compromiso con Vd. á quien debo consideraciones, deseo mi mas completa independencia para dar mi voto á la persona que mas me agrade.

—Es la verdad, me repitió, no tengo deseos de seguir aquí de gobernador, porque carezco de capacidad, y no siempre he de tener á mi lado personas de mi confianza que me aconsejen. Además: tengo una mina en Pánuco que hoy está abandonada y necesito atenderla. Con los productos de esa mina y con mi sueldo de general, tengo lo suficiente para vivir con mucho desahogo.

Esto me dió á entender, por lo ménos, usando del lenguaje que le era familiar.

—Está bien, le dije, estrechándole una mano en señal de completo acuerdo entre ambos, queda convenido en que no hay ningun compromiso electoral entre nosotros.

Una segunda explicacion muy semejante á esta tuvimos en mi casa el dia 3 de Julio de 1867.

A los pocos dias D. Francisco Azcárate estuvo á verme en mi propia casa para tratar asuntos electorales.

—¿En quién ha pensado Vd. para gobernador? me preguntó.

—En nadie, le contesté, y era la verdad, pues to-

davia no se me revelaba ningun hombre que yo considerara capaz de hacer feliz al Estado de Sinaloa, de cuyos destinos era yo en aquellos momentos un tanto cuanto responsable.

Me propuso algunas personas con ánimo de sondearme, y le contesté que no me agradaban. Cuando estaba esperando que yo mismo me propusiera para rebatirme con los argumentos del provincialismo quizas, dije á Azcárate y á Rubí reunidos:

—Yo desearia que el pueblo tuviera ámplia libertad para votar: nosotros formaremos con el carácter de particulares una convencion liberal, se discutirá y votará el candidato, defenderemos sus cualidades en la prensa y el poder se abstendrá de circular consignas.

Se manifestaron ambos satisfechos, pero despues me dijo Azcárate en lo particular:

—Si Vd. y yo nos ponemos de acuerdo, sacamos al Gobernador que mas convenga á nuestros intereses.

—Como Vd. comprende, le contesté, yo no tengo más interés que corresponder con lealtad á la confianza de Corona mientras sea gobernador Rubi. Despues de eso no hay más intereses para mí que el bien del Estado que me ha declarado ciudadano suyo y que me reputa por hijo adoptivo.

—Bien: todo eso conseguiremos colocando en el poder á un manequí nuestro.

Era yo entonces un inocente en política, como acaso lo sigo siendo todavía, y contesté con enfado al Sr. Azcárate:

—Suplico á Vd. no me vuelva á hablar de ese asunto.

Si yo hubiera tenido el pensamiento de luchar no me hubiera entregado así al antagonismo de un hombre que tenia carácter propio para la intriga, y elementos para reducirme á polvo en unas cuantas semanas.

Siguió buscando sectarios de sus miras entre el comercio y empleados de más categoría, pero como sus candidatos eran completamente despreciables, en todas partes recibia calabazas. Entónces concibió la idea más diabólica, que fué la que vino á trastornarlo todo luego, y despues la paz del Estado.

Se le encaró á Rubí, y le dijo con audacia:

—¿Para qué hemos de andar dando palos de ciego? ¿quién más que Vd. tiene títulos para aspirar al gobierno? Vd. es hijo del Estado, vd. ha prestado eminentes servicios en la guerra de Reforma y en la de la segunda independecia, vd. es conocido y popular en el Estado, Vd. tiene ya práctica de mandar, y en fin, teniendo á su lado buenos consejeros, gobernará tan bien constitucionalmente como ha gobernado con las facultades extraordinarias.

Rubí era á lo que le tenia más miedo: á una responsabilidad luego que se entrara en el orden constitucional.

Esto me lo refirió el mismo Gobernador en una conversacion que tuvimos pocos dias despues.

Entre tanto, yo, que no tenia motivos para trabajar en la sombra, fundé, ayudado de mis amigos un periódico que se intituló: *La Palanca de Occidente*.

*La Palanca* establecía reglas generales para encontrar y apoyar un candidato, quedando exceptuado D. Francisco Sepúlveda para el caso de que un club que se había formado con ese objeto, lo postulara.

Poco antes no se podía encontrar una persona digna de ocupar el puesto de Gobernador del Estado, y apenas transcurridos unos cuantos días, se habían establecido cinco periódicos independientes y seis ó siete clubs, circulando los nombres de diez ó doce candidatos.

Vino á aumentar la efervescencia electoral una nueva circunstancia con que no contábamos: casi como una avalancha de prestigio y de honor, como una corriente impetuosa de valor y de patriotismo, apareció en el suelo sinaloense toda aquella pléyade de jóvenes generales y coroneles que regresaban de la campaña despues de la tragedia de Querétaro, y del establecimiento del Gobierno en la Capital. Casi juntos llegaron á Mazatlán Toledo, Granados, Adolfo Palacios, Salmon, etc., etc. El general Angel Martínez había sido nombrado jefe de las fuerzas federales de aquella zona.

Al lado del estrépito que los oficiales del gran Ejército de Occidente traían, todos nuestros clubs y periódicos parecían juegos de muchachos.

Una palabra pronunciaron que nos aturdió á todos:

—¡Traicion! dijeron, se traiciona á los principios li-

berales y necesitamos salvar las instituciones. Nuestro candidato es Angel Martínez.

—¡Es el candidato de los patriotas! respondió *La Palanca*.

El lector que quiera saber lo que pasó despues, tome su cruz y sígame.